

CHINA: UNA NUEVA CULTURA

Teresa Candela / Filosofía y Letras

Del Taller de Crítica de *Punto de Partida*

Cuando en agosto de 1966, el mundo occidental conoció la información de que las “guardias rojas” atacaban todas las manifestaciones culturales de la antigua civilización china, acogió el hecho en general, con una actitud negativa. Esta actitud estaba marcada por la falta de información, la información distorsionada, o en el peor de los casos, por conveniencia con conocimiento de causa.

Para enfrentarnos al fenómeno de la Revolución Cultural China, se nos plantea la disyuntiva de quedarnos en las fronteras del conocimiento de la situación de este país y opinar subjetivamente a favor o en contra, o de tomar la decisión de hacer un análisis objetivo más o menos profundo.

Si intentamos analizar las circunstancias con otro criterio que no sea el materialismo dialéctico, estamos poniendo en tela de juicio si lo que queremos es conocer la historia, que implica continuidad o si vamos a conocer tan sólo una serie de hechos aislados, arbitrariamente enumerados, de acuerdo, no a un método científico, sino para que éstos se adapten a nuestra visión del mundo.

Sería conveniente aclarar que una visión del mundo válida y objetiva abarca tanto una racionalización de las condiciones existentes como una visualización de lo que debieran ser las condiciones futuras enmarcadas en una teoría que concuerde con la realidad y cuya práctica demuestre su objetividad científica.

Puesto que los chinos modelaron su mundo material a partir de ideas revolucionarias (teoría marxista-leninista) y puesto que la estructura económico-social de un país no es suficiente para garantizar su porvenir socialista, es comprensible que, habiendo alcanzado el socialismo, manifiesten una confianza total en que el medio más eficaz para destruir la mentalidad, ideas, usos, y costumbres antiguas es el ideológico. La cultura antigua en una sociedad moderna es una contradicción. Para ellos la cultura abarca un término mucho más amplio que el que tienen en general los individuos que viven en una sociedad de consumo, para los que la cultura es un producto más de esa sociedad, y no el instrumento fundamental que les permite cuestionar su sistema con fines revolucionarios.

La revolución cultural propone y suscita que surjan las contradicciones inherentes a la conciencia política mediante la crítica de la cultura y al hacerlo revoluciona la conciencia política; esto comprueba la puesta en práctica de la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico: “a través de la práctica descubrir la verdad, es decir, pasar activamente al conocimiento racional y del conocimiento racional a la dirección activa de la práctica revolucionaria”.

Las contradicciones —según Mao-Tse-Tung— pueden ser antagónicas y no antagónicas. Ambas se pueden dar en el seno del pueblo y fuera de éste.

En el caso de China la agresión más o menos abierta contra el comunismo chino que se descubre por los siguientes factores, constituye lo que se considera como contradicciones antagónicas:

1. La preocupación norteamericana de reconstruir el Japón para utilizarlo contra China y la ocupación estadounidense de Corea del Sur, Taiwan, Tailandia, parte de Laos, Vietnam del Sur, Camboya, etcétera.

2. La necesidad de un acuerdo entre la URSS y EU., las sendas posiciones imperialistas de ambas superpotencias, y la vuelta al capitalismo del revisionismo soviético que conlleva la actitud de consentimiento del genocidio en Vietnam (por ejemplo).

3. Las tendencias revisionistas hacia el capitalismo de una facción del Partido Comunista Chino y de ciertos individuos que ocupaban puestos de responsabilidad.

Estos factores y otros más, también antagónicos, no pueden ser enfrentados en caso de peligro, o remediados, si las contradicciones no antagónicas no son resueltas, tanto como sea posible.

Así, la burocratización de ciertos funcionarios, la ingenuidad de las nuevas generaciones, el estancamiento en las conciencias y en el desempeño de las funciones, las manifestaciones artísticas no del todo revolucionarias, la insuficiencia intelectual del ejército y la no completa vinculación de las otras capas sociales con el campesino y el obrero y otras circunstancias no antagónicas que retrasan el advenimiento de la fase comunista y dificultan la defensa del país, están siendo afrontadas por la Gran Revolución Cultural.

Desde las “Charlas de Yenán” en 1942, el presidente Mao-Tse-Tung definió la doctrina cultural, que aún rige en China y que años antes se venía dilucidando por la necesidad de ayudar a las masas en todos los campos. Dicha doctrina no difiere del realismo socialista propugnado por la URSS, aunque, en los métodos para llevarla a la práctica utilizados en China y en la URSS, hay diferencias fundamentales:

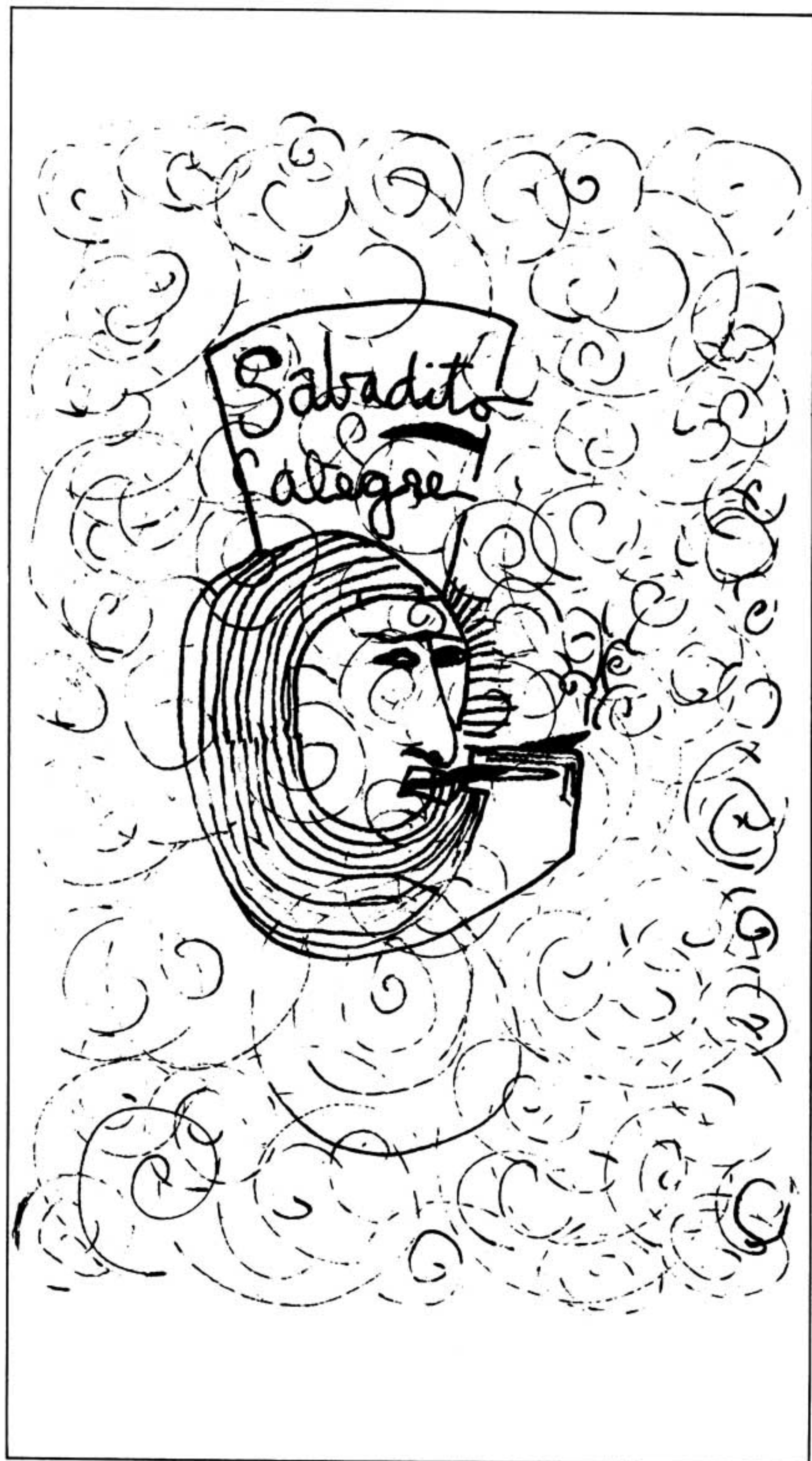
Mientras que este último ofrece incentivos económicos a los intelectuales para que produzcan un “arte proletario”, en China, la Revolución Cultural promueve el trabajo manual y el desplazamiento de los intelectuales hacia las comunas y las fábricas, no ya para “observar” sino para trabajar al lado de campesinos y obreros como la única forma de lograr que puedan impregnarse del espíritu socialista que les permita reflejar la etapa histórica que viven, la dictadura del proletariado.

Sin embargo, si esto no es infalible ni da resultados inmediatos es, con todo, un procedimiento mejor que el empleado por la URSS, en donde las diferencias de salarios entre un obrero y un intelectual resultan mucho mayores que las que hay en Francia.

Esto parecería traer como consecuencia la desigualdad y la sobrevivencia de las clases sociales.

En China, la oposición y desconfianza a cualquier solución que no resulte igualitaria, les hace preferir el postulado de “Cultura para todos o para nadie” lo que es, en cierta forma, un principio exagerado aunque sí nos da idea de la dedicación que ponen los chinos en generalizar el nivel cultural sacrificando el de una minoría que, por lo demás, no beneficiaría a la totalidad de la masa social ni la representaría.

Por otro lado, no podemos pensar que el arte burgués es el que “está bien”, simplemente porque no exista todavía un gran arte proletario, ni podemos considerar que los métodos chinos estén equivocados, por el hecho de



que no hayan producido hasta ahora, salvo raras excepciones, un “verdadero arte” proletario.

Así pues, el arte ideal está “en veremos”. Es muy difícil manejar las manifestaciones de la sensibilidad artística y éstas ponen a prueba los lugares más recónditos de la conciencia política. Tal arte, probablemente tenga que venir del proletariado y no de los intelectuales que fueron burgueses o pequeño-burgueses.

La crítica y la autocrítica han tenido un largo desarrollo en la China comunista. En 1956 Mao-Tse-Tung hace resurgir la antigua sentencia: “Que florezcan cien flores, que cien escuelas rivalicen.” Esto condujo a un gran movimiento, a principios de 1957, en el que todos podían expresar sus críticas al régimen comunista y que fue seguido por otro, el de la autocrítica: los criticados reconsideraban su punto de vista y se autocriticaban.

El presidente del PCCh no estaba convencido de la eficacia de ambos movimientos que no se habían desenvuelto bajo el principio de unidad-crítica-unidad. Entre las críticas, algunas eran derechistas y otras recordaban las del periodo de desestalinización ruso.

No se abandonó la idea de suscitar un día la crítica izquierdista y constructiva, que, como veremos más adelante, renació con las guardias rojas.

A partir de 1962 la necesidad de forjar una cultura nueva, va acompañada de una especie de “revolución inninterrumpida” —dice Karol—¹ que elimina en cada etapa, a algunas criaturas de la antigua escuela.

Según algunos autores, la señal que dio origen a la gran Revolución Cultural fue el brote de protestas de muchos jóvenes universitarios en Pekín, contra las “autoridades académicas reaccionarias” en la primavera en 1966. Sin embargo, la Gran Revolución Cultural Proletaria se organizó desde arriba. Desde mediados de 1965 hasta principios de 1966 hubo una serie de discusiones en el partido en las que se decidió una política a seguir en el interior y con el exterior.

Este suceso estuvo acompañado de movimientos de protesta en otras universidades de diferentes ciudades.

El Comité Central del Partido, dándose cuenta de que las críticas eran de tendencia revolucionaria, apoyó a los estudiantes y revisó la actitud de las autoridades, desplazando a algunas. Se crearon las guardias rojas, constituidas por estudiantes y escolares, que cerraban restaurantes de lujo y demostraban inquietud por cambiar todo lo que recordara el viejo sistema (pugnaron por la sustitución del “siga” verde por la luz roja argumentando que ésta *nunca* podía significar “alto”), al mismo tiempo que organizaban debates con los sospechosos de revisionismo o “aburguesamiento” —muchos de los cuales pertenecían a los Comités del Partido— para “educarlos mediante la persuasión”.

Al preguntarnos a qué conduciría, en última instancia, la crítica y la autocrítica, volvemos a percibir que se trata de una voluntad de depuración; es la operación de “limpieza del polvo” que suprime las barreras entre gobernantes y gobernados.

De hecho, China se ha caracterizado, durante toda la revolución, por tratar de suprimir barreras.

Los comunistas que querían hacer la revolución se acercaron al pueblo y vivieron en las mismas condiciones que éste con el fin de organizarlo para la lucha. Es probable que esto sea uno de los factores más importantes para que se ganaran la confianza de la masa.

Así, en los tiempos de la Revolución Cultural, los dirigentes se proponen

¹K. S. Karl: *China: el otro comunismo*, editorial Siglo XXI.

fundir, aún más estrechamente al ejército con el pueblo. Se suprimen los grados en el ejército, se hace al soldado servir al pueblo en la construcción de fábricas y explotación de tierras, se le proporciona una sólida formación académica y política y se le invita a criticar todas las manifestaciones artístico-culturales.

Se trata, entonces, de vincular las actividades de todas las capas sociales; es decir, "difundir la cultura para poder elevarla". Dicha vinculación procura (casi en primer lugar) la organización de todos para una defensa —que cada día resulta más inminente— de China y del comunismo, en un país que carece de los suficientes medios de comunicación, pero que, como contrapeso, tiene el elemento humano consciente de los problemas políticos del que carecen sus agresores.

De esta manera, vemos que la Revolución Cultural con su "culto a la personalidad" (el criterio unificador del pensamiento de Mao-Tse-Tung) es un paso hacia adelante para deshacerse de él y hacer un Mao de cada chino.

Los chinos, en su empeño por revolucionar China, crean también una imagen viva de lo que debe ser el comunismo, al mismo tiempo que se preparan para presentar pelea al imperialismo y adquieren fuerza para ser capaces de apoyar activamente cualquier movimiento de liberación en el mundo. . . se convierten así en la única y verdadera "Base Roja".

